



La Horqueta Digital
www.horqueta.net

Palabra del Señor 2010

Lectura del evangelio y reflexión diaria
para los cofrades leoneses

Cuaresma y Semana Santa

Prólogo

Xuasús González. Asociación La Horqueta

¿No notas algo diferente? ¿No sientes una sensación extraña? ¿No te encuentras más nervioso que de costumbre? Sí. Sin duda ya llegó. Nos encontramos en la recta final. Ya estamos en Cuaresma.

La Semana Santa, que tan *locos* nos trae, está ya a la vuelta de la esquina. Y con ella, el *paponeo* se incrementa considerablemente, y un sinfín de actos de todo tipo acaparan la atención del mundo cofrade leonés.

Empezamos a marcar con cruces en el calendario las fechas que más nos interesan, y a pensar cada vez con más intensidad en lo poco que falta para ponernos, un año más, la túnica. O el uniforme.

Y eso que somos muchos los que vivimos la Semana Santa durante todo el año. Pero no importa; la Cuaresma es la 'alarma' que nos activa aún más y nos hace comenzar a descontar días, horas, minutos y segundos de las ocho de la tarde del próximo Viernes de Dolores.

Será entonces cuando, si Dios quiere, estaremos *clavados* en la calle Herreros a la espera de ver salir por la puerta del Mercado la cruz parroquial que marcará el inicio de la Semana Santa de 2010.

Pero, mientras tanto, debemos ir –poco a poco– preparándonos para ello. Y para eso está la Cuaresma, ese tiempo de –precisamente– preparación para una Semana Santa que culmina con la Resurrección del Señor.

Y, como cada año, La Horqueta Digital quiere contribuir con *Palabra del Señor 2010*, la lectura diaria de los evangelios de toda la Cuaresma y Semana Santa acompañada de una reflexión realizada por sacerdotes diocesanos y pensada, precisamente, para los cofrades leoneses.

Nuestro agradecimiento, por tanto, a la desinteresada colaboración de Ángel de la Varga, Juan Pablo Díez, Juan José Andrés, Anesio Iglesias y Bruno Cuadrado, sin cuya participación, no hubiera sido posible que estuviéramos ahora leyendo estas páginas.

Detengámonos unos minutos cada día en ver qué nos ofrecen las Lecturas. Qué mensaje nos mandan. Vivamos la *Palabra del Señor*.

Miércoles, 17 de febrero de 2010. Miércoles de Ceniza*Mt 6, 1-6. 16-18*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos, de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayais tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayais a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

El Señor, nuestra justicia, llama un año más a nuestra puerta. La aldaba es movida por la mano de su misericordia y requiere de nuestra parte abrir. Abrir nuestras almas al dueño y señor de nuestras vidas.

La Sagrada Liturgia nos presenta hoy el episodio de exhortación a sus discípulos. El marco en el que debemos situarnos es el Sermón del Monte: Jesús, el nuevo y definitivo legislador, nuevo Moisés, ha promulgado su Nueva Ley, la Ley de las Bienaventuranzas. La Ley que rige el Reino del Padre que Él ha venido sencillamente a proponer a los hombres. Y lo que hoy recoge el fragmento que se proclama en la Santa Misa es la manera de practicar esa Ley. No basta "cumplirla", es preciso hacerlo como el Señor nos recomienda: "*Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos...*" (Mt 6, 1).

El modo de ser justos que nos propone el Evangelio es humilde, escondido, no jactancioso. Se trata de hacer sencillamente bien las cosas ordinarias de cada día: trabajo, estudio, vida de familia, compromisos sociales... Todo ello sin buscar el aplauso, quedar por

encima de los demás, llamar la atención, obtener mejores puestos o escalar profesionalmente.

En los primeros siglos de la Iglesia, la penitencia que conllevaba el perdón de los pecados era una penitencia pública. Como reminiscencia de esto nos queda el precioso rito que hoy abarrota nuestras iglesias de la "imposición de la ceniza". Desde el Romano Pontífice hasta el último bautizado reconocemos, poniéndonos en la fila de los penitentes, que existe pecado en nuestras vidas. Que es preciso hacer penitencia, que tenemos necesidad de conversión, de volver nuestro corazón a Dios. Que nuestras manos están manchadas de crímenes, *"que hemos pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión"*.

Si bien, la imposición de la ceniza es un rito externo y público, la disciplina actual de la Iglesia, mucho más en línea con el consejo evangélico que acabamos de leer, nos prescribe la Celebración individual del Sacramento de la Penitencia. Delante de Dios abrimos nuestro corazón y manifestamos nuestras ofensas a la "justicia divina", nuestros pecados; arrepentidos pedimos perdón por ellos, y el ministro de Cristo, absuelve nuestras culpas realizando el milagro de nuestra "justificación". Por los méritos del Justo colgado en la Cruz son perdonados los pecados de los culpables. Por obra de la gracia de Dios quedamos sanados de nuestro pecado y *"más blancos que la nieve"* como dice el Salmo 150, el Miserere.

Incongruente por nuestra parte sería acudir hoy a la iglesia para realizar el rito externo de la imposición de la ceniza, *practicando nuestra justicia delante de los hombres para ser vistos, y no celebrar el perdón traído por la Pascua de Cristo, en lo escondido del Sacramento de la Penitencia, donde estamos solos ante Dios, en la persona del ministro que garantiza la forma de administrar el Sacramento instituida por Jesucristo y legislada por la Iglesia.*

Ángel de la Varga

Jueves, 18 de febrero de 2010

Lc 9, 22-25

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día". Y, dirigiéndose a todos, dijo: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi

causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?”.

Cómo admiraban los contemporáneos de Cristo las palabras de gracia que salían de su boca cuando les anunciaba el amor del Padre y confirmaba sus palabras con los hechos milagrosos que salían de sus manos. Curaciones de enfermos, sanaciones de lunáticos, anuncio del Reino... hacían que fueran tras Él multitudes sedientas de salud del alma y del cuerpo, hambrientas de pan y de justicia. Tantos, que era imposible alimentarlos, y sucede el “milagro de la Multiplicación de los panes y los peces”.

Pero, cuando anuncia su trágico final, cuando predice su Pasión y su Muerte, cuando invita a seguirle por el camino áspero y tortuoso del dolor, del sufrimiento, de la entrega... Comienza entonces la dispersión, el desencanto, el fraude. Igual que sube la espuma se habían “apuntado a su causa” los partidarios de la lucha armada para restaurar el Reino de Israel, que erróneamente identificaban con el Reino de Dios, los enfermos, vagabundos, hambrientos, incluso clases acomodadas que esperaban un cambio social y religioso. La espuma baja igual que sube o más deprisa todavía.

Tan sólo se queda después de anunciar las exigencias de su seguimiento: *“el que quiera ser discípulo mío cargue con su cruz...”* que les pregunta a los más cercanos: *“¿también vosotros queréis ir?”*. La respuesta del impetuoso pescador de Galilea, Pedro, no se hace esperar: *“¿A quién iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna”*. Es cierto pero hasta Pedro le negó cuando llegó la “hora” preanunciada por Jesús en el Evangelio según San Lucas, que hoy se nos propone. Solamente su Madre y el “discípulo amado” resisten al pie de la Cruz.

Nuestra fe cristiana a veces discurre por los mismos derroteros. Reclamamos celebrar nuestra boda por todo lo alto en el Templo principal de nuestra ciudad, para que “el marco sea incomparable”, acudimos a las celebraciones masivas y vistosas de nuestra fe. Pero... cuando se trata de seguir el estrecho y empinado camino del comportamiento moral propuesto en el Evangelio, cuando se trata de cumplir con nuestros deberes de cristianos... Muchos responden que “soy creyente, pero no practicante” como si fuera posible disociar el Cristianismo en partes al modo de unas “listas abiertas” en las que nos quedamos con los candidatos que nos parece.

Fabricamos de este modo una religión a la carta en la que nuestra más absoluta subjetividad es la que dictamina las “obligaciones” que nos imponemos, que suelen coincidir con nuestros gustos y caprichos,

y rechazamos todo aquello que no nos gusta, nos exige, no nos reporta satisfacción o prestigio social.

Por este camino armonizamos nuestra fe con atentados contra la vida humana en su principio y final, con un relajamiento moral ambiental que lo invade todo, con una permanencia pacífica en nuestras situaciones de pecado... En definitiva, que rechazamos abrazar la cruz que implica el seguimiento de Cristo creyendo que así ganamos el mundo, y sin ser conscientes que de este modo lo perdemos todo.

Ángel de la Varga

Viernes, 19 de febrero de 2010

Mt 9, 14-15

En aquel tiempo, se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?". Jesús les dijo: "¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán".

Sale hoy a nuestro encuentro la cuestión del ayuno. Sigue siendo uno de los pilares sobre los que se asienta la Cuaresma. Quizá nos ayude a comprender lo que significa el ejemplo de Cristo. Nuestro Señor, cuando comienza su "vida pública" se prepara para ello con oración y penitencia, se retira al desierto y ayuna durante cuarenta días y cuarenta noches.

Resulta paradójico comprobar que otras religiones también posean normativas que legislan la privación de alimentos determinados en días señalados. Contemplamos todos los años como el telediario nos informa del ayuno de los islamistas. Sin embargo, yo no he escuchado estos días ninguna noticia que tenga que ver con las penitencias cuaresmales y el ayuno del pasado miércoles, o la abstinencia de carne de todos los viernes. Será que en este "afán de reconocer nuestras raíces cristianas que tienen nuestras instituciones y nuestros medios de comunicación" prefieren informarnos de lo que resulta exótico y extraño a nuestra cultura.

El fundamento del ayuno cuaresmal hemos de encontrarlo en Nuestro Señor que "*siendo rico, por nosotros se hizo pobre*". Nos dice San Pablo que Cristo "*se despojó de su rango... pasando como un hombre cualquiera*" y en el Credo profesamos nuestra fe católica afirmando

que *"por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo"*. En ambas afirmaciones queda claro que el Hijo de Dios renunció a estar en el seno del Padre y se encarnó por nosotros: el Eterno se hizo mortal, el Todopoderoso se hizo pasible, la Belleza apareció ante los hombres *"desfigurado, sin apariencia de hombre"*, el Justo se rebajó hasta la condición de proscrito y condenado a muerte. El que no era culpable renunció a su condición de inocente y cargó sobre sus hombros la condena que merecíamos los culpables.

Si Dios ha sido capaz de renunciar a su ser Divino, Eterno, Impasible; si ha descendido a nuestra condición humana... ¿cómo puede ser que nosotros no seamos capaces de renunciar dos días al año al alimento? ¿Puede ser que el cristiano que se sabe salvado por Dios que nos entregó su "carne" no sea capaz de renunciar a este manjar siete días al año?

Además de la mera observancia externa de la prescripción del ayuno y la abstinencia, deberíamos meditar en el silencio de nuestro interior qué ayuno cuaresmal debemos emprender este año. Considerar qué le sobra a nuestra vida para ser auténticamente cristiana, a qué debemos renunciar para estar más cerca de la voluntad de Dios.

Ángel de la Varga

Sábado, 20 de febrero de 2010

Lc 5, 27-32

En aquel tiempo, Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: "¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?". Jesús les replicó: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan".

Convertirnos es para nosotros volver el corazón a Dios. No se trata, por tanto, de remozar la fachada de la casa haciendo ver que está reparada, mientras el interior permanece en ruinas. La proeza de la conversión es obra del amor y del poder de Dios, y consiste en renovar todo el edificio desde sus cimientos.

Es enseñanza del Evangelio que es del corazón del hombre de donde salen los buenos y malos deseos, donde reside el trono de la voluntad del ser humano y tienen su origen nuestros actos. La conversión es, por tanto, una vuelta total, es cambio de mentalidad, es renovación de nuestra forma de sentir, pensar, querer, hablar, actuar... es poner "patas arriba" nuestra vida a la luz de la voluntad de Dios.

Este proceso, como vemos en la historia de Leví, que corresponde al Evangelio de hoy, lejos de desestabilizarnos y afligirnos, abre para nosotros un horizonte de profunda alegría que se desborda de nuestro corazón y sale hacia fuera, manifestada gráficamente en el banquete que sigue al cambio de vida del publicano. La extrañeza de los que contemplan el obrar de Dios esta servida, como vemos en la pregunta de los fariseos "¿cómo es que...?"

Ojalá que en esta Cuaresma los que están a nuestro alrededor exclamen con extrañeza ante el cambio en nuestras vidas, admiren la obra de Dios en nosotros y reconozcan los frutos de un árbol bueno renovado por dentro en santidad y justicia. Quizá sean nuestros familiares los que se sorprendan de nuestra nueva forma de tratar con ellos, más cercana y cariñosa, más entregada y preocupada por sus inquietudes. A lo mejor son nuestros compañeros de estudio y trabajo los que aprecian un mayor esfuerzo en nosotros traducido en rendimiento y en ausencia de ambiciones desorbitadas. O nuestros amigos al encontrar en nosotros alguien comprensivo con quien compartir y dispuesto siempre a aconsejar desde la verdad y la búsqueda de la voluntad de Dios. También puede ser que el cambio en nuestras vidas sea, para los nuevos fariseos, motivo de burla y nos recriminen nuestro mayor acercamiento a la Iglesia o se rían de nosotros por acudir con asiduidad a la celebración dominical de la Santa Misa.

Como sea... que se note... que la Cuaresma que empezamos sea para nosotros un tiempo propicio de conversión, un tiempo favorable para cambiar nuestras vidas y hacerlas más conformes a la voluntad de Dios.

Ángel de la Varga

Domingo, 21 de febrero de 2010

Lc 4, 1-13

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo. Todo aquel tiempo estuvo sin

comer, y al final sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: "Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan". Jesús le contestó: "Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre"". Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo, y le dijo: "te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo". Jesús le contestó: "Está escrito: "Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo darás culto"". Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: "Encargará a los ángeles que cuiden de ti", y también: "te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras"". Jesús le contestó: "Está mandado: "No tentarás al Señor tu Dios"". Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Las tentaciones de Cristo en el desierto nos ponen delante de nuestra naturaleza humana después de la caída de nuestros primeros padres. Gracias al Sacramento del Bautismo ha sido borrado en nosotros el pecado original, pero permanecen sus consecuencias, seguimos inclinados al mal y tentados a cada paso.

La tentación principal del ser humano está en el no reconocimiento de sus propios límites. Se trata de un intento de alterar las reglas del juego, de erigirnos en forma caprichosa en "legisladores del bien y del mal". "Seréis como dioses" es la palabra seductora del tentador a nuestros primeros padres, y es el susurro que escucha constantemente nuestra conciencia cuando intenta justificar la acción prohibida por la Ley de Dios. Nosotros, igual que ellos, inventamos una justificación que nos tranquilice.

Que cosa hay más natural que comer cuando uno tiene hambre. Parece que no hay nada malo en ello, y así se lo muestra el diablo a Jesús. Es algo que no es malo, es saludable, me apetece, quiero... ¿por qué no?

Luego le ofrece, contemplando los reinos, poder y gloria. ¿Acaso no habita en nuestros corazones el deseo del reconocimiento, del triunfo, de la "autorrealización"? ¿Qué tiene de malo querer ser bueno en mi trabajo, tener éxito en los estudios?

La tercera tentación podríamos llamarla "la espectacularidad". Hace referencia a nuestro afán de ser aplaudidos por la masa, de que nuestro trabajo sea reconocido, el afán de salir en el periódico que padecen algunos como si "lo que no sale en los medios de comunicación no existiera".

Es legítimo, afirmamos con rotundidad. Y está bien que el bien se conozca y se difunda, que quienes lo realizan “ejemplaricen” al resto de la sociedad.

Debemos afirmar con rotundidad que el pecado no está en alimentarse, en desempeñar bien nuestro trabajo o en que el bien sea propuesto a los ojos del mundo. La tentación reside en la autosuficiencia que envuelve y obnubila al hombre cuando se encuentra lleno de todo. Cuando tiene cubiertas las necesidades materiales, profesionales y de prestigio social. Es en este “talón de Aquiles” donde se ceba el tentador: Si lo tienes todo, ¿qué falta te hace Dios?

En sociedades pobres es lógico acudir al Dios que proclama dichoso a este colectivo. Es natural aceptar las explicaciones de la Revelación en sociedades precientíficas. Natural aceptar los dogmas en sistemas políticos absolutistas o dictatoriales. Resultaba natural ir a Misa y rezar el Rosario en casa antes de que llegasen la radio y la televisión. Creer en Dios en estadios infantiles del desarrollo personal, pero una vez que somos adultos... Aceptar las directrices morales en contextos de libertinaje legal y punitivo.

Revisemos nuestras vidas a la luz de las tentaciones de Cristo y, sobre todo, nunca echemos a Dios, Creador de todas las cosas, de nosotros, para recaer en el pecado y la esclavitud de divinizar las cosas creadas por Dios.

Ángel de la Varga

Lunes, 22 de febrero de 2010

Mt 16, 13-19

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”. Ellos le contestaron: “Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas”. Él les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Simón Pedro tomó la palabra y dijo: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Jesús le respondió: “¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo”.

El relato evangélico nos sitúa la escena delante de la pregunta más trascendental que el hombre puede contestar. Los discípulos se ven abocados a reconocer quien es para ellos Aquel que tienen delante.

Si reflexionáramos acerca de quién es Jesús para "la gente" encontraríamos las respuestas más dispares. Para unos no pasa de ser una invención de quienes se propusieron fundar una "religión" que les permitiera dominar el mundo y, hasta hoy, siguen contaminando con su "opio" al pueblo cuya liberación pende de la desaparición total de su figura. Incluso parece que en algunas partes del mundo legislan desde esta secreta intención.

Para otros, aunque llegan a aceptar la historicidad de su existencia, su ser se reduce a un visionario o profeta, líder bueno que encabezó un movimiento de liberación en la Palestina del siglo I, pero que nada tiene que ver con el Cristo creído y predicado por esa sociedad llamada Iglesia, que ha deformado la figura de aquel revolucionario acomodándola a su modo de gobernar a la humanidad entera.

Otros, también hoy, responden que es el sentido de sus vidas, el motor de su existencia, la razón de vivir, la fuente de la gracia, el Enviado de Dios para salvar al mundo, mi Redentor, mi Señor...

Pedro recibe la dicha de ser reconocida en su respuesta la mano de Dios. Para conocer de verdad a Jesús de Nazaret no basta la especulación filosófica o los hallazgos arqueológicos, se estrella la matemática y el Carbono 14. Es cierto que debemos respetar y valorar los descubrimientos de la verdadera ciencia. Admitiendo como *verdadera* la que no estando interesada en la demostración de una "tesis" previa acepta los resultados tal cual, sin selección de datos que concuerde con el pensamiento de la multinacional o del gobierno que sufrague la investigación. Para conocer de verdad a Jesús de Nazaret, al hijo del carpintero, al que da la vista a los ciegos, hace hablar a los mudos y saltar a los cojos, se precisa la fe. Para contemplar la totalidad de su ser hace falta la luz del conocimiento divino, el resplandor de la gracia de Dios que nos comunica su ser profundo. La virtud teologal que nos da un conocimiento cierto y verdadero de Dios y que de Él proviene.

¡Que al reconocer a Jesús como nuestro Mesías y el Salvador de nuestras vidas, sin duda, oigamos de labios de Jesucristo: *"Bienaventurado tú... porque eso te lo ha revelado mi Padre que está en el cielo"*.

Ángel de la Varga

Martes, 23 de febrero de 2010*Mt 6, 7-15*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: "Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno". Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas".

Otro de los pilares sobre los que se levanta el edificio de la Cuaresma es la oración. Oración es diálogo con el Padre desde lo más hondo de nuestro corazón. Es "levantar el corazón a Dios", dirigirnos a Él no sólo con nuestros labios sino con todo nuestro ser.

Vivimos en un mundo en el que el conocimiento de otros idiomas nos abre muchas puertas: a la hora de investigar, de realizar estudios en el extranjero e incluso de acceder a un puesto de trabajo. Es hermoso que, gracias al esfuerzo de unos años de aprendizaje, a la imitación de lo oído, a la articulación de palabras antes extrañas y desconocidas, podamos llegar a comunicarnos con aquellas personas con las que antes de conocer su idioma nos separaba una barrera infranqueable.

En quince días nos prometen algunos eslóganes que podremos alcanzar un buen conocimiento de este o de aquel idioma. La propuesta de Nuestro Señor Jesucristo a petición de los Apóstoles es, si cabe, mucho más sorprendente e increíble. La Palabra eterna del Padre nos enseña el lenguaje que nos capacita para entendernos con Dios en apenas un minuto. Bastan siete frases para decir todo lo que tenemos que decir. Con el aprendizaje de las mismas quedamos capacitados para pedirle a Dios todo cuanto nos hace falta.

En todo acto de comunicación hay un emisor, un receptor, un canal o medio y el mensaje transmitido. Así nos situamos como emisores ante Dios, receptor, y a través de nuestra voz le transmitimos el mensaje en el lenguaje que su Hijo nos enseñó a comunicarnos con Él.

Pero, no debemos olvidar que en la comunicación siempre se da un "feedback", o una retroalimentación. Es decir, que el emisor del mensaje es a su vez receptor de la información que emite el receptor. El hombre, en este intento sublime de presentar a Dios sus necesidades, que es la oración del Padre nuestro, recibe en las mismas siete peticiones un encargo y mandato de Dios al que debe comprometerse seriamente.

Respetar y santificar el nombre de Dios no manchándolo con la blasfemia o el juramento vano. Trabajar sin descanso para que el Reino de Dios sea conocido e implantado en este mundo. Cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios, incluso cuando bajo la apariencia de Cruz quisiéramos que *"pase de mí este cáliz"*. Compartir los bienes de la tierra con los hombres, nuestros hermanos, especialmente con quienes menos tienen. Perdonar las ofensas de nuestros enemigos y pedir perdón a quienes causemos algún mal. Huir de toda ocasión de pecado y mucho menos buscarla.

A las siete peticiones que hacemos en la oración más preciosa que tenemos le siguen, por nuestra parte, estos siete compromisos. El lenguaje de Dios es claro, sólo es necesario que nosotros queramos oír.

Ángel de la Varga

Miércoles, 24 de febrero de 2010

Lc 11, 29-32

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: "Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás".

"Al que mucho se le dio, más se le exigirá". Resulta difícil comprender cómo los hombres del tiempo de Jesús no le recibieron. ¿Cómo puede

ser que pidieran la muerte en cruz de quien había venido a salvarles de la muerte? ¿Cómo llegaron a tener animadversión por quien *"pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos"*? ¿Cómo puede ser que conviviendo con Él, escuchando sus palabras, presenciando sus milagros... no supieran que era el Enviado de Dios? O, peor aún, ¿es posible que lo supieran y aún así lo rechazaran?

Se me ocurren por lo menos dos motivos para que sus contemporáneos no lo rechazaran. El primero es pensar que serían judíos piadosos y creerían en el Dios de Moisés, de Abraham... ya que el ateísmo es una ignorancia propia de la modernidad. ¿Cómo es posible que no temieran el castigo del *"Dios de los Ejércitos"* que no rehusó mandar plagas que asolasen el país de Egipto hasta que el Faraón permitió la salida de los hebreos? ¿Cómo se atrevieron a ir contra el Dios que los podía aniquilar y llegar hasta la blasfemia (*"sí eres Hijo de Dios, baja de la Cruz"*)? No comprendo cómo no temieron el castigo de su comportamiento errado y, al menos, "por si acaso" fuera quien dice ser, vamos a dejarlo en paz.

O, por otra parte, ¿es posible que no fueran capaces de comprender que Él había pasado por el mundo haciendo el bien? Les alimentó, les dio palabras de consuelo, les curó sus enfermedades, pacificó sus conciencias con el perdón de sus pecados, liberó su religiosidad de leyes superfluas... ¿Cómo pagaron con la Cruz al que tanto bien les hizo? ¿Es posible que no supieran que *"amor con amor se paga"*?

Chocamos en este punto con el misterio del mal, el misterio de la iniquidad. El misterio del rechazo de Dios, al que no escaparon ciudades como Nínive, Sodoma o Gomorra; al que no fueron ajenos los contemporáneos de Nuestro Señor Jesucristo y al que, por desgracia, no escapamos nosotros ni escapa nuestro mundo actual.

Resulta escandaloso que quienes han conocido las maravillas que Dios ha hecho por el hombre, quienes han sido bautizados en su gracia, los que le recibieron en el Sacramento de la Comunión, e incluso quienes recibieron el sello del Espíritu Santo que les confirmó como sus testigos, vivan de forma que sus obras, claro y alto, proclaman un rechazo frontal a Dios.

Amigos de La Horqueta Digital, que nos alegramos cada año de poder anunciar el amor de Dios a los cuatro vientos procesionando por las calles de nuestra ciudad los "pasos" de la Pasión de Cristo, que llevamos sobre nuestros hombros las imágenes que nos recuerdan lo que Dios sufrió por nosotros y la Salvación que ello nos trajo. ¿Es posible que haya algo en nuestras vidas que conlleve rechazo a Dios?

Ángel de la Varga

Palabra del Señor 2010

Jueves, 25 de febrero de 2010*Mt 7, 7-12*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la ley y los profetas".

Podemos afirmar, sin miedo alguno a equivocarnos, que las palabras del Evangelio de hoy son una llamada a la confianza en Dios. Una invitación al abandono en las manos del Padre que cuida de nosotros, que es Providente.

El relato termina con un mandato moral: *"Tratad a los demás como queréis que ellos os traten"*. Es para la convivencia y las relaciones humanas una regla de oro: lo que no quieras para ti, no se lo hagas a los demás.

Parece una Ley de justicia primaria que no debemos esperar que el prójimo nos trate mejor de lo que nosotros le tratamos a él. Si hacemos referencia a Dios podemos decir que es "injusto". Entendiendo que sería justo si nos pagase con la misma moneda que nosotros le pagamos a Él. Si nuestro comportamiento con Dios es malo porque desobedecemos su santa Ley parece natural que el se comporte mal con nosotros.

No discurre por este camino la justicia de Dios como magistralmente nos ha expuesto su Santidad Benedicto XVI en el mensaje para la presente Cuaresma. La justicia de Dios es justificación para el culpable mientras que el Justo carga con sus pecados. *"Pero esto suscita en seguida una objeción: ¿qué justicia existe dónde el justo muere en lugar del culpable y el culpable recibe en cambio la bendición que corresponde al justo? Cada uno no recibe de este modo lo contrario de "lo suyo"? En realidad, aquí se manifiesta la justicia divina, profundamente distinta de la humana. Dios ha pagado por nosotros en su Hijo el precio del rescate, un precio verdaderamente exorbitante"*.

De esta manera parece claro que nuestro camino de acceso a Dios se basa en la confianza en su misericordia, en su amor paternal, en el reconocimiento de nuestra indigencia y pequeñez. En la necesidad de pedir perdón por las ofensas a su infinita bondad y de pedirle que nos trate no como tratamos a nuestros hermanos o como nos merecemos, sino como confiamos que Él lo haga por su infinita bondad y libremente.

Aprovechemos la Cuaresma y grabemos en nuestro corazón que *"convertirse a Cristo, creer en el Evangelio, significa precisamente esto: salir de la ilusión de la autosuficiencia para descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia de los demás y de Dios, exigencia de su perdón y de su amistad"*, como nos dice Benedicto XVI.

Ángel de la Varga

Viernes, 26 de febrero de 2010

Mt 5, 20-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás", y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito, procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto".

¡Qué ufanos nos quedamos cuando afirmamos que no tenemos pecados porque no matamos, no robamos ni adulteramos! ¡Y qué engañados!

El evangelio de hoy nos descubre nuevas versiones del pecado, nuevos pecados tan graves como los anteriores: encolerizarse contra los demás, insultarlos, llamarles "cabeza vacía", sin tarrate, o renegado o insensato.

En nuestras relaciones de cada día, ¡cuántas veces no caemos en estos hechos! ¡Cuántas enemistades entre las familias, los vecinos! ¡Cuántos insultos y despropósitos! ¡Cuánto desprecio que mata como si fuera un disparo! Matamos con las palabras, con la indiferencia, con maltratos verbales, etc.

Hoy la Palabra de Dios nos invita a la reconciliación. Pero siempre pensamos: "él me ofendió, que me pida perdón". No. **"Si al presentar la ofrenda te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti... ve primero a reconciliarte"**. Él tiene algo contra ti, pero Dios te invita a ti a dar el primer paso.

La Cuaresma es un tiempo estupendo para arreglar todas las diferencias, deshacer las ciutas, restablecer la paz entre los que la han roto, buscar la colaboración y el entendimiento, perdonar ofensas y ofrecer el perdón. Es tiempo para experimentar el gozo de perdonar, de reconciliarse, de restablecer la amistad rota, de resucitar el matrimonio que languidece por falta de perdón, porque **"si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos"**.

Juan Pablo Díez

Sábado, 27 de febrero de 2010

Mt 5, 43-48

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto".

Hace un tiempo que han aparecido por algunos sitios unos grafittis que dicen: "Carlos, yo ni olvido, ni perdono". Mucho dolor y mucho resentimiento ha de haber en el corazón de quien publica así sus sentimientos.

Pero, en el fondo, todos adolecemos de este virus. Tenemos marcada a fuego la "ley del tali3n: ojo por ojo y diente por diente". Es la versi3n de **"amar3s a tu pr3jimo y odiar3s a tu enemigo"**.

Hoy el evangelio nos propone una forma nueva de amar, un amor nuevo. Y ciertamente, chocante: **"Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen"**.

- Pero... ¡Bueno! ¿A qui3n se le ocurre proponer semejante cosa?

¿Amar al que me ha hecho tanto da3o, al que me ha arruinado mi vida, a quien me ha calumniado hundi3ndome en la miseria, a quien nunca me ha tenido en cuenta para nada, al que me obliga a vivir en la soledad m3s terrible? ¿Perdonar a 3ste?

Ciertamente, esta clase de amor no es normal, ni ordinaria. ¡Es extraordinaria! Todos los hombres aman a sus amigos, a sus familiares, incluso los m3s crueles. Hasta los animales se muestran cari3osos y agradecidos con los que les tratan bien. Esto es lo natural y lo normal.

Pero el amor al enemigo es extraordinario. Viene de Dios. Es la se3a de identidad de los cristianos, lo que ha de distinguirnos de los que no lo son. ¡Esto y s3lo esto! Todo lo dem3s, la solidaridad, la entrega, la bondad natural, la capacidad de ayuda, el sacrificio por los necesitados, la generosidad, etc., esto es com3n a todos los hombres.

Lo que diferencia al cristiano es amar a los enemigos, hacer el bien a los que nos aborrecen, rezar por los que nos persiguen y calumnian. Esto es lo que muestra que somos hijos de Dios, es decir, que nos parecemos a 3l, que **"hace salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre las fincas de los justos y de los injustos"**.

¡Cu3ntas veces el enemigo es el que vive bajo tu mismo techo, se acuesta en la misma cama, trabaja en el mismo despacho o sube en el mismo ascensor! El evangelio de hoy nos invita a amar a estos enemigos.

Juan Pablo D3ez

Domingo, 28 de febrero de 2010

Lc 9, 28b-36

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: "Maestro, qué hermoso es estar aquí. Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: "Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle". Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

- ¡Qué pronto se acaba lo bueno!

Con esta frase expresamos la desilusión de tener que volver a la rutina diaria después de un fin de semana o de unas vacaciones o una temporada buena en la vida.

Es lo que debieron sentir los tres Apóstoles del evangelio de hoy, cuando Cristo les dejó ver, por unos instantes, la luminosidad de su gloria. **"Qué bueno es estarnos aquí. Podríamos hacer tres tiendas"**. Fue apenas un destello fugaz y una voz: **"Éste es mi Hijo, mi elegido; escuchadle"**, que les devolvía a la realidad.

¿De qué hablaba Jesús con Moisés y Elías?

De su muerte, de su pasión en Jerusalén. Pero esto les aburría, no les interesaba, no querían ni oír hablar del tema. **"Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño"**. ¿No podríamos hablar de otra cosa más agradable?

¡Atentos a nuestra sociedad cargada de hedonismo y rechazando el sufrimiento, el dolor y la muerte a como dé lugar! Porque la muerte existe, y nos sorprende; y el dolor aparece cuando menos lo esperamos; y el sufrimiento, que nos desestabiliza y rompe nuestros proyectos, nos acecha a la vuelta de la esquina.

Hoy el evangelio nos habla de la Cruz gloriosa, de la muerte que conduce a la vida, del sufrimiento que tiene sentido y valor, del dolor que se transforma en paz. Nos presenta a Cristo transfigurado, al otro lado de la muerte. Más allá del sufrimiento, del dolor, está la vida, la luz y la alegría.

Y esta palabra hoy es para todo el que sufre, cansado de la vida por el peso de las contrariedades. Es para todo el que no puede ya con el matrimonio, con la incomprensión de los hijos, con la crisis económica, con la enfermedad o la soledad, con la ausencia de aquellos de quienes esperaba cariño y ternura.

Que cada cual vea hoy su cruz, lo que le destruye y amarga la vida. Y Cristo la hará gloriosa, porque cada uno de los que sufrimos somos también **"mi hijo amado, el elegido"**.

Juan Pablo Díez

Lunes, 1 de marzo de 2010

Lc 6, 36-38

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros".

Son muchos los que piensan que "la compasión es un signo de debilidad" y que "por la caridad entra la peste". No podemos hacernos los blandos porque nos comen.

Hoy, el evangelio, sin embargo, nos pide ser compasivos. Compadecer significa "padecer con", ponernos al lado del que padece, hacer nuestro su sufrimiento, hacernos cargo de su situación o, como se dice, "ponernos en su pellejo".

Normalmente nos colocamos en una situación diferente, elevada. Y desde nuestra atalaya "miramos por encima del hombro". Entonces juzgamos la situación y a las personas. Y de este juicio resulta, con frecuencia, una condena.

Dicen que el juicio y la murmuración es "el deporte nacional en este país". No lo sé; pero viendo algunos programas de televisión sí podemos decir que, al menos, es una práctica muy frecuente y

despiadada. Y lo que se ve en la televisión es un reflejo de la sociedad. Lo que vemos es lo que somos.

Hoy leemos: **“Sed compasivos... No juzguéis... No condenéis... Perdonad”**. Pero lo que llama la atención es que esta práctica lleva premio, va acompañada de una recompensa generosa y multiplicada, colmada, rebosante.

Jesucristo no quiere cargarnos con una norma más, que, a veces, nos resulta incumplible, sino que quiere disponernos para ejercer con nosotros de misericordia. Si compadecemos, somos compadecidos; si perdonamos, seremos, sin duda, perdonados; si no juzgamos, no se nos juzgará con rigor; si no condenamos, tampoco Él nos condenará. Porque no olvidemos que **“Dios es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad”**. **“Él es bueno con los desgraciados y perversos”**. Y sabemos que Jesucristo, así nos lo ha dicho, no ha venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve.

Juan Pablo Díez

Martes, 2 de marzo de 2010

Mt 23, 1-12

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno sólo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.

¡Esto de los primeros puestos trae de cabeza a tanta gente! Se hace lo imposible, lo correcto y lo incorrecto con tal de ser el primero. ¡En lo que sea, pero el primero!

Digo "a tanta gente" y quizá debiera decir "a todos". Los primeros puestos es la ambición del hombre ya desde Adán, que quiso ser como Dios. Todos queremos ser el primero, en el trabajo, en la familia, en el matrimonio, entre hombres y mujeres, entre las naciones, entre los Apóstoles también.

Este deseo del primer puesto está a la raíz de todos los conflictos y guerras entre los hombres. Pensemos en la familia y en las frases y dichos de cada día: "Aquí mando yo"; "Pero, ¿es que siempre va a tener la razón?", "Ya estoy harto/a de estar a tu servicio", "No estoy dispuesto/a a seguir tirando del carro", y un interminable etcétera.

El evangelio de hoy nos plantea esta pregunta: **"¿Cómo se realiza mejor el hombre, dominando o sirviendo?"**.

La respuesta espontánea, y la que vemos en la realidad, es que dominando se es más feliz y se vive mejor. Vive mejor "quien tiene la sartén por el mango".

Cristo nos propone otro camino. **"El primero entre vosotros, sea vuestro servidor"**. Y lo hizo Él primero. **"No he venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida por muchos"**. **"Siendo Él de condición divina, no hizo alarde de su categoría, sino que se humilló a sí mismo, pasando por uno de tantos"**. **"¿Quién es el mayor, el que está a la mesa o el que sirve? Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve"**.

Es otro camino, otra forma de vivir y de relacionarnos. ¿Por qué no lo intentamos, animados por el ejemplo de Cristo y por la sugerencia que nos hace? Ayudados, claro está, por la fuerza de su Espíritu. Porque hacer esto no está en nuestras solas fuerzas; pero Dios nos lo concede, si lo deseamos.

Juan Pablo Díez

Miércoles, 3 de marzo de 2010

Mt 20, 17-28

En aquel tiempo, mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: "Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará". Entonces se le acercó la madre de los

Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: "¿Qué deseas?". Ella contestó: "Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda". Pero Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?". Contestaron: "Lo somos". Él les dijo: "Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre". Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos".

No sé muy bien por qué, pero este evangelio me ha traído a la memoria la reciente campaña "anti-crucifijo" que hemos padecido. La verdad que no comprendo muy bien el porqué este afán de quitar este signo religioso.

Tal vez algunos ven en el crucifijo el signo del hombre fracasado y acabado, que nada puede aportar a los demás. Clavado de pies y manos, ni puede ir a ninguna parte, ni hacer nada por nadie. ¿Para qué sirve un hombre así? ¿Eso es un modelo a seguir?

Quizá otros ven el crucifijo el signo del dolor y del sufrimiento. Y esto nos horroriza, quisiéramos quitarlo de un plumazo de la existencia humana. Por eso no nos gusta ver reportajes sobre desastres, pobrezas endémicas, etc. Queremos evitarlo en los nuestros o disfrazarlo o, al menos, ocultarlo. Preferimos la muerte al sufrimiento.

Pero, ¡atentos! El sufrimiento está ahí. Forma parte de la vida de todos. Ahí está el terremoto, la enfermedad traicionera, el accidente inesperado, la crisis económica o matrimonial, el paro, la falta de oportunidades, la incompreensión, el fracaso, la soledad. Y cuando esto sucede nos quedamos aletados, sin arrestos para encajarlo o enfrentarlo.

Cristo prepara a los suyos para el sufrimiento que les espera, no se lo esconde, ni se lo evita, sino que le da sentido y les hace ver su valor. **"Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas y le condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará".**

Ojo, por tanto, con estas campañas contra crucifijos y contra todo lo que significa sufrimiento, porque, queriendo hacer daño a la Iglesia, nos lo hacemos a todos y privamos a las generaciones futuras del sentido del sufrimiento que, inevitablemente, tendrán, y de la capacidad para enfrentarlo sin que les destruya, y de la gracia de Aquel –el Crucificado– para sobrellevarlo y convertirlo en vida y alegría.

Quizá como los hijos del Zebedeo, andamos por la vida preocupados únicamente por los primeros puestos, por medrar en la vida y garantizar un buen puesto en la sociedad.

Juan Pablo Díez

Jueves, 4 de marzo de 2010

Lc 16, 19-31

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: "Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banquetaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas". Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros". El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento". Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen". El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto".

Todavía tenemos vivas en la retina las imágenes del terremoto de Haití. Un aldabonazo a la conciencia de todos –¡ojalá dure!–, que

pone de manifiesto las desigualdades sangrantes de los que nos llamamos hijos de un mismo Padre, Dios. Pero este desastre nos recuerda todavía otra cosa más importante: la insensibilidad de una parte de la sociedad que vivimos bien frente a los desheredados de la tierra.

Esto es lo que plantea el evangelio de este día: el rico Epulón que no se entera de que a la puerta de su casa alguien no tiene ni lo más elemental para vivir. Quizá este rico no sea una mala persona. Ha heredado la fortuna, ha sido trabajador y hábil para los negocios. No dejan de ser cualidades humanas dignas de reconocimiento. Hasta se permite interceder –una vez muerto– por sus hermanos, para que ellos no se pierdan.

- ¿Dónde está su pecado?

En la indiferencia e insensibilidad frente a las necesidades de Lázaro.

No resulta difícil darnos cuenta del drama humano en casos como los de Haití y solidarizarnos con ellos sacando de lo más profundo de nuestro corazón, donde estaba enterrada, la parte buena que hay en nosotros, la chispa divina que nos hace sensibles a los demás.

Pero, ¿Y los miles de “Lázaros” que, a diario, están en nuestras calles, a la puerta de las iglesias, en las salas de juego, en casas sin calefacción, en edificios abandonados o en el portal de enfrente en un lujoso edificio de apartamentos? ¿Y las familias en crisis, torturadas por la falta de comunicación, o por el paro que afecta a todos sus miembros y que son nuestros amigos o vecinos, o conocidos o familiares? ¿Y la ingente cantidad de personas –en aumento cada día– que viven solas con las limitaciones de la edad y el olvido, muchas veces, de los suyos?

Hoy el evangelio nos llama a descubrir esta ceguera del rico Epulón, porque el tiempo se acaba y la vida pasa y ya no hay solución: **“Murió el mendigo y los ángeles se lo llevaron al seno de Abraham. Se murió también el rico y lo enterraron”**.

¡Qué expresiva es esta frase! El mendigo es llevado al seno de Abraham. Tiene futuro feliz. Al rico, por el contrario, sólo lo entierran. Seguro con boato y muchas condolencias, y con fanfarria de plañideras y discursos de postín. Pero sólo lo entierran. Y ahí quedó, sin futuro.

Juan Pablo Díez

Viernes, 5 de marzo de 2010*Mt 21, 33-43. 45-46*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: "Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores, para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: "Tendrán respeto a mi hijo". Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: "Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia". Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?". Le contestaron: "Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos". Y Jesús les dice: "¿No habéis leído nunca en la Escritura: "La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente"? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de los cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos". Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente que lo tenía por profeta.

Mucha gente anda frotándose las manos porque piensan que la Iglesia se acaba, que ya no tiene futuro, que dentro de poco ya nadie se entrometerá en su vida, ni le dirá cómo tiene que vivir, lo que es bueno o lo que es malo. ¡Por fin vamos a ser una sociedad moderna y laica, libre de fundamentalismos religiosos!

A veces este pensamiento nos asalta a los mismos que formamos la Iglesia. El desánimo hace mella en nosotros. Olvidamos que la Iglesia es Luz –pequeña, pero potente–; Sal –poca cantidad, pero da gusto a todo–; Fermento –una pizca esponja toda la masa–.

Si echamos un vistazo a la Historia vemos cómo han ido cambiando los lugares en los que ha florecido la Iglesia. Pensemos en el norte de África en tiempo de san Agustín, hoy no queda nada. O en todo el Oriente medio los siglos IV y siguientes, donde tuvo una vitalidad enorme, y fue arrasado por el Islam. O en Europa durante siglos y, a través de ella, en América.

Hoy parece que los viñadores queremos quitar de en medio al Hijo –a Jesucristo– y quedarnos con la viña para administrarla a nuestro antojo. Dios ha cuidado esta viña en nuestra Europa, ha enviado profetas, la ha impregnado de valores evangélicos a lo largo de los siglos, de tal manera que no podemos entenderla sin sus catedrales, sin las fiestas populares, sin los monasterios, sin el Camino de Santiago, sin los monjes y su labor cultural, sin la fe en Jesucristo.

Hoy hemos dicho: **“Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con la herencia”**. Un continente que se ha formado de las raíces de la fe cristiana, hoy rechaza a Jesucristo y pretende construir Europa de espaldas a su Historia.

Sería bueno que escucháramos atentamente todos, pero sobre todo los constructores de la nueva Europa el salmo que dice: **“La piedra que desecharon los arquitectos, es ahora la piedra angular”**.

- ¿Qué hará con aquellos labradores?

Si Occidente rechaza a Jesucristo y a su Iglesia, otros pueblos despertarán a la fe, en otros continentes y vivirán de ella y recibirán los frutos de la paz, del amor, la justicia y la libertad. Y la viña seguirá creciendo y dando frutos en manos de otros viñadores.

Juan Pablo Díez

Sábado, 6 de marzo de 2010

Lc 15, 1-3. 11-24a

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: “Ése acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme

hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

Ya llevamos más de 15 días de Cuaresma, tiempo fuerte en la Iglesia que nos prepara a la celebración del Misterio de Pascua, al triunfo sobre la muerte. El paso de la muerte a la vida, que eso significa Pascua, paso.

Y hoy el evangelio habla precisamente de este "paso", de esta pascua realizada en una persona, –podemos ser cada uno de nosotros–. Pensemos que lo somos. Alguien que **"estaba muerto y ha vivido; estaba perdido y ha sido hallado"**.

Sí. Es la parábola del Hijo pródigo, que todos conocemos. Pero, creo que el título de esta alegoría no es el más apropiado. Debiera titularse **"Parábola del padre misericordioso"**, porque él es el protagonista, el personaje central. Lo que quiere poner de manifiesto no es tanto la espantada del hijo pequeño, que es muy normal en la vida de cada día, sino la bondad del un padre que perdona a su hijo después de todo lo que ha hecho.

Mejor dicho, la bondad de un padre que perdona a los dos hijos, no solo al que se fue. También al que se quedó, pero siente envidia de su hermano y no ha sabido disfrutar de todo lo que tiene en la casa del padre. **"Hijo, todo lo mío es tuyo"**. Y se niega a entrar en la fiesta. También el padre busca a éste.

¡Qué fácil nos resulta identificarnos con el hijo que se va de casa!

Muchos hoy se han ido de la Iglesia, queriendo quitarse de encima el yugo de una moral que no entienden ni aceptan. Y están gastando su vida, cada uno como puede, privados de los dones enormes que Dios nos ofrece para vivir la vida en plenitud. Hemos pedido la herencia, lo que somos y tenemos, porque Dios nos lo ha dado y nos hemos marchado en busca de una libertad que, a la postre, nos esclaviza y destruye.

Pero, lo importante hoy es saber que hay un Padre que nos está esperando para devolvernos otra vez la libertad verdadera, y la

dignidad de hijos a la que habíamos renunciado. Que podemos volver, seguros de su perdón, porque **“aunque vuestros pecados sean como la grana, blanquearán como lana”**.

“Aprisa, traed el mejor vestido, ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, celebremos un banquete”. Así es Dios con nosotros. Y convertirnos es creer que Dios es así.

Juan Pablo Díez

Domingo, 7 de marzo de 2010

Lc 13, 1-9

En una ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera. Y les dijo esta parábola: “Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué ocupar terreno en balde?”. Pero el viñador contestó: “Señor, déjala todavía ese año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortas”””.

La conversión bien entendida empieza por uno mismo

Invitados a ser más conscientes de lo que pasa y de lo que nos pasa, quizá sea suficiente hoy, en la mitad de la Cuaresma, pedir valor ante las cosas que podemos cambiar; serenidad para la cosas que no podemos cambiar; y vista para distinguir lo uno de lo otro.

Habrá que aprender de la paciencia de este Dios frente a nuestro estar acostumbrados en arramblar con todo, cortar y rasgar. Dios siempre... da otra oportunidad.

Sin olvidar que el mal que vemos no hay que explicarlo: hay que combatirlo. ¡Como hizo Él!

Juan José Andrés

Lunes, 8 de marzo de 2010*Lc 4, 24-30*

En aquel tiempo, dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: "Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio". Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

Con vosotros está... y no le conocéis.

¿Por qué nadie es profeta en su tierra? Si lo miramos desde el punto de vista del profeta, no se ve una razón que lo explique; pero si pensamos en los vecinos o paisanos del profeta, algo podemos entender: reconocer un profeta en medio de nuestro barrio o ciudad es admitir nuestra propia ceguera para leer lo que el profeta lee y para entender lo que el profeta entiende. Es, sobre todo, la soberbia la que nos impide admitir en paz que el Dios de Jesús hace con otros obras que no hace con nosotros, muy seguramente porque no le dejamos.

Vencida la autosuficiencia y bajada la cabeza, los ojos se abren y empezamos a reconocer que hay testigos del amor de Dios en todas partes... ¡también a nuestro lado!

Juan José Andrés

Martes, 9 de marzo de 2010*Mt 18, 21-35*

En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?". Jesús le contesta: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados.

Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo". El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?". Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano".

Aprender a perdonar

¿Cómo puedo yo, cómo puedes tú, perdonar?

Lo más parecido al perdón es la creación. Perdonar no es olvidar algo que hizo/hace daño, porque nadie puede luchar para siempre con la verdad del recuerdo que le hiere. Perdonar es crear una relación nueva, es ayudar a alguien a ser nuevo. Se parece mucho a crear. Y el que tiene poder para hacer algo nuevo... se parece a Dios porque se acerca a sus entrañas de misericordia: esa fuerza con que se puede re-crear relaciones, encuentro, vida... pertenece sólo a Él.

Por eso no hay límite para el perdón en el momento en que se entra en su dinámica: el perdón ya no depende del perdonado, sino del perdonador. ¡Y hace nuevo a los dos!

Juan José Andrés

Miércoles, 10 de marzo de 2010

Mt 5, 17-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje

de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos”.

Más lejos... ir siempre más lejos.

Cristo es la "plenitud" de la Ley: no porque añada preceptos más sabios o dispensas más amables, sino porque ha dejado en su vida entregada una señal que rescata nuestra memoria y despierta siempre nuestro amor hacia Aquel que es su Fuente, el Padre. Lo que nos está mostrando es que hay una salida al terrible dilema que dividía a los judíos en aquella época y que también subsiste de algún modo para nosotros. El dilema es este: ¿nos quedamos con una ley, que es sabia pero imposible de cumplir (por extensa, enrevesada, casuística, desconocida...), o rebajamos el contenido de esa ley enseñando entonces y pidiendo menos de lo que ella pide? La solución de Cristo es: "no diluyas la Ley, pero tampoco la exijas a quien no tiene la fuerza para cumplirla. Sólo conmigo y mi gracia ha llegado esa fuerza a la raza de Adán".

Juan José Andrés

Jueves, 11 de marzo de 2010

Lc 11, 14-23

En aquel tiempo, Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: "Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios". Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama".

"Con nosotros, o contra nosotros".

Observamos que la sociedad occidental se anuncia capaz de amar sólo a sus amigos y quienes comparten su perspectiva. Pero el Reinado de Dios que ¡ya está aquí! marca una línea de actuación diferente. No valen medias tintas: o se acepta o se rechaza. En mensaje de la Buena Noticia de Jesús produce "crisis", es decir, recoloca, resitúa, centra.

Juan José Andrés

Viernes, 12 de marzo de 2010

Mc 12, 28-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?". Respondió Jesús: "El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos". El escriba replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

¡Escucha... también con tu corazón!

Es bueno volver al lenguaje escueto y esencial, porque en un mundo plagado de fachadas, palabrería y máscaras, es fácil acostumbrarse a disculparlo todo o justificarlo todo. El orden empieza siempre con un pensamiento claro en la mente; una idea llena de luz atrae a otras.

Y hoy Jesús nos da esa clave fundamental, ese primer principio que alentó su vida y que pone luz y horizonte también en la nuestra. La palabra fundamental es AMA. El resto de su respuesta es esencial también, porque todo depende de a quién ames y con qué amor. Tal fue el regalo que nos dio con su vida y su muerte. Bien podemos resumir la existencia de Cristo diciendo que fue una gran escuela de amor en la que aprendimos que hemos de amar para vivir y hemos de aprender a amar para vencer a la muerte y alcanzar la vida que no muere.

Juan José Andrés

Sábado, 13 de marzo de 2010*Lc 18, 9-14*

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador". Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla, será enaltecido".

Lejos y cerca.

El evangelio de hoy juega con los conceptos de lo cercano y lo lejano personificados en los dos hombres. Curiosamente el que parecía distante, apenas en un susurro, alcanzó los oídos del mismo Dios. Su gran acierto fue dejar a Dios ser Dios; es consciente de quién es Aquel a quien está hablando y por eso entra en una relación de piedad desde su miseria, que no oculta.

Quien se acerca a Dios, y a los demás, desde sí mismo... no ve, no entiende, no admira, no agradece, no cambia.

Quizá no quede más solución que pedir misericordia para todos: para el publicano que somos y para el fariseo que duerme en nosotros.

Juan José Andrés**Domingo, 14 de marzo de 2010***Lc 15, 1-3. 11-32*

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: "Ése acoge a los pecadores y come con ellos". Jesús les dijo esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor,

juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros"". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado". Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

"Conviértete..."

En la más bella pintura de ese proceso de la conversión que presenta el evangelio de hoy, nos preguntamos si es que Dios podría ser de otro modo.

La escena, provocando progresivamente un asombro que nos envuelve en un halo de misericordia desbordada. Digámoslo así: la primera conversión y la más fundamental de todas es descubrir y reconocer nuestros límites. (¡No somos Dios, no tenemos su mismo corazón!). A partir de ahí podemos tomar uno de estos dos caminos:

rebelión, ira y desesperación, por un lado; humildad, reconocimiento de cómo estamos y conversión, por el otro. (¡Volver a casa y encontrarnos con los otros!).

Todo crecimiento tiene sus crisis, y en esta historia entretejida de búsqueda, espera, acogida y libertad, lo importante es madurar para llegar a ser una nueva criatura, redescubriendo a Dios como un Padre bueno. ¡Y, claro, celebrarlo!

Juan José Andrés

Lunes, 15 de marzo de 2010

Jn 4, 43-54

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: "Un profeta no es estimado en su propia patria". Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: "Como no veis signos y prodigios, no creéis". El funcionario insiste: "Señor, baja antes de que se muera mi niño". Jesús le contesta: "Anda, tu hijo está curado". El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: "Hoy a la una lo dejó la fiebre". El padre cayó en la cuenta de que ésa era la hora cuando Jesús le había dicho: "Tu hijo está curado". Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

¿Quién eres para mí en realidad, Jesús?

La Organización Mundial de la Salud define el término "salud" como el estado completo de bienestar físico, psíquico y social, y no sólo la ausencia de afecciones y enfermedades. Es un concepto amplio que abarca a todas las dimensiones de la persona.

Con Jesús ocurre que siempre se preocupa por la totalidad de las personas a las que se acerca. Sus signos salvadores desmontan nuestra tendencia a desear tan sólo la salud del cuerpo o la

tranquilidad de una vida sin problemas. La enfermedad, las contradicciones, los fracasos, frustraciones y desencantos, los accidentes o la muerte misma están ahí siempre como “la otra cara de la moneda”. Si miramos a Jesús sólo a través de la lente de los favores que nos hace para restablecer nuestra salud o conservar nuestro bienestar, jamás tendremos una fe auténtica. Esa que crece y se fortalece, también, con lo avatares de lo cotidiano.

Juan José Andrés

Martes, 16 de marzo de 2010

Jn 5, 1-3. 5-16

En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Ésta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, parálíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: “¿Quieres quedar sano?”. El enfermo le contestó: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado”. Jesús le dice: “Levántate, toma tu camilla y echa a andar”. Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: “Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla”. Él les contestó: “El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar”. Ellos le preguntaron: “¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?”. Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: “Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor”. Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

“Toma tu camilla y echa a andar”

Jesús realiza el milagro de la curación de un parálítico. Aquel hombre, que no podía valerse por sí mismo, no tenía a nadie que le metiera en la piscina, y así poder salir de su postración.

“Señor, no tengo a nadie”, sigue siendo actualidad hoy. ¿No conoces ninguna situación parecida a tu alrededor? ¿Ancianos solos,

enfermos, excluidos...? Dios no tiene manos, nosotros somos sus manos. Él sigue diciendo: **"Toma tu camilla y echa a andar"**.

Anesio Iglesias

Miércoles, 17 de marzo de 2010

Jn 5, 17-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo". Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: "Os lo aseguro: El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió. Os lo aseguro: Quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida, y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió".

Tras la curación portentosa del paralítico, los judíos preguntan: ¿quién es el que te ha sanado? El paralítico no sabía quién era, y en esta escena Jesús revela su identidad. Como hace el Padre, así también el Hijo da la vida a los que quiere. ¡Da la vida a quien cree en Él! Ha venido para que tengan vida.

Da la vida por el bautismo del agua y del Espíritu, la da por la reconciliación, por la Eucaristía. *Yo soy la Vida. El que cree... tiene Vida Eterna.*

Anesio Iglesias

Jueves, 18 de marzo de 2010*Jn 5, 31-47*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?".

Jesús entra en conflicto con los judíos; no creen en Él ni lo reciben. ¡Necesitan testimonios! Jesús se adelanta a sus dudas: Si yo o mis amigos dieran testimonio de mí, el testimonio no sería válido, les viene a decir. Pero mi testimonio viene de Dios y de las obras que hago. En realidad el Padre, Dios, es la fuente de su actuar. Él es quien le da fuerza y la luz que necesita, pues hay una unión estrecha con el Padre.

En la vida, ¿Dios es mi fuerza y mi energía? Es que sin Él no podemos hacer nada.

Anesio Iglesias

Viernes, 19 de marzo de 2010*Mt 1, 16. 18-21. 24a*

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados". Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

"José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor".

Al irrumpir Dios en la vida de José cambió radicalmente su existencia. José es el hombre del **sí**. Su grandeza es la confianza total en la Palabra de Dios. Aceptó una vida sin protagonismos, de total servicio y abnegación, en cuanto cabeza de la Familia Sagrada y en cuanto Custodio del Redentor. Muchas veces tuvo que preguntarse: ¿cómo Dios permite estas cosas? Por ejemplo, que nazca en una cueva, que tenga que huir de Egipto como un refugiado más, ... Tuvo que desconcertarle, pero siguió creyendo; con razón decimos de él que es "varón justo y prudente", modelo del hombre de fe, patrono de la Iglesia Universal.

Se está redescubriendo en nuestro tiempo a San José. ¿Y yo?

Anesio Iglesias

Sábado, 20 de marzo de 2010*Jn 7, 40-53*

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído que los discursos de Jesús, decían: "Éste es de verdad el profeta". Otros decían: "Éste es el Mesías". Pero otros decían: "¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?" Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a

los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: “¿Por qué no lo habéis traído?”. Los guardias respondieron: “Jamás ha hablado nadie como ese hombre”. Los fariseos les replicaron: “¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos”. Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: “¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?”. Ellos le replicaron: “¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas”. Y se volvieron cada uno a su casa.

“Jamás ha hablado nadie así”, decían los guardias del templo. Para ellos fue una gran sorpresa; para nosotros, decir que “Jesús tiene palabras de vida eterna” forma parte de nuestra fe, no nos sorprende. Sin duda es una ventaja, pero, ¡qué bien nos viene a nosotros sorprendernos ante la belleza y profundidad de las palabras de Jesús! ¡Qué necesitados estamos de hacer resonar sus palabras en el fondo de nuestro corazón! Ante Dios sólo cabe el asombro y estupor humanos.

Anesio Iglesias

Domingo, 21 de marzo de 2010

Jn 8, 1-11

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?”. Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “el que esté sin pecado, que tire la primera piedra”. E, inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: “mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?”. Ella contestó: “ninguno, Señor”. Jesús dijo: “tampoco yo te condeno. Anda y en adelante no peques más”.

“Tampoco yo te condeno”.

Pasaje tierno y bello. Sólo puede venir de Jesús. Dicen que esta pericopa anduvo de un lugar para otro, hasta situarla aquí. Pero nadie se atrevía a suprimirla.

Jesús, una vez más, sale airoso de la trampa tendida y, al contrario, desenmascara la maldad del corazón de los que le espían.

Él siempre está a favor de la persona, de la dignidad y libertad humanas. Ha venido a salvar, no a condenar.

No se puede ir por la vida de “duros”. ¿Seremos capaces de vaciar de piedras nuestros bolsillos? Sólo la misericordia es nuestra esperanza. Son preciosas aquellas palabras de Juan Pablo II: “Fuera de la Misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para la Humanidad”. “Tampoco yo te condeno”.

Anesio Iglesias

Lunes, 22 de marzo de 2010

Jn 8, 12-20

En aquel tiempo, Jesús volvió a hablar a los fariseos: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. Le dijeron los fariseos: “Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es válido”. Jesús les contestó: “Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es válido, porque sé de dónde he venido, y adónde voy; en cambio, vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie; y, si juzgo yo, mi juicio es legítimo, porque no estoy yo solo, sino que estoy con el que me ha enviado, el Padre; y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos es válido. Yo doy testimonio de mí mismo, y además da testimonio de mí el que me envió, el Padre”. Ellos le preguntaban: “¿Dónde está tu Padre?”. Jesús contestó: “Ni me conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre”. Jesús tuvo esta conversación junto al arca de las ofrendas, cuando enseñaba en el templo. Y nadie le echó mano porque todavía no había llegado su hora.

“Yo soy la luz”.

Jesús es la luz del mundo, de los hombres. Y, como la luz ilumina, por eso quien sigue a Jesús no anda en la oscuridad.

Los judíos no aceptan esta pretensión de Jesús; piden pruebas, títulos. Además del testimonio personal de Cristo, dan testimonio de ello el Padre y las obras que hace.

A los primeros cristianos, y hoy a los recién bautizados, se les da el nombre de "iluminados", pues van por la vida llenos de luz, todo tiene su sentido, saben el porqué y el para qué de lo que ocurre. El trabajo, la creación, el dolor, la muerte misma...

Sentimiento: la gratitud. ¿Te sientes iluminado? ¿Eres esencialmente agradecido?

Anesio Iglesias

Martes, 23 de marzo de 2010

Jn 8, 21-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Y los judíos comentaban: "¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros"?". Y él continuaba: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Ellos le decían: "¿Quién eres tú?". Jesús les contestó: "Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él". Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: "Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que soy yo, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

"Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba, no soy de este mundo".

¿Quién eres tú, pues? Es la eterna pregunta que brota al oír este Evangelio, al encontrarse con Jesús.

Cuando dentro de unos días le veamos levantado en la cruz, entonces recordaremos que Jesús está haciendo lo que le agrada al Padre;

nada hace por su cuenta. Hay una total unidad entre Jesús y Dios Padre. Por eso va voluntariamente a la Cruz, no le lleva nadie.

Y surge una súplica desde el alma: "Enséñanos a conocerte mejor".

Anesio Iglesias

Miércoles, 24 de marzo de 2010

Jn 8, 31-42

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: "Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Le replicaron: "Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?" Jesús les contestó: "os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre". Ellos replicaron: "Nuestro padre es Abrahán". Jesús les dijo: "Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre". Le replicaron: "Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios". Jesús les contestó: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

"La verdad os hará libres".

En un contexto de confrontación con los judíos, Jesús hace esta afirmación. La frase causa extrañeza; de hecho los judíos no comprendieron el sentido de las palabras de Jesús; se creían con unos privilegios por ser linaje de Abrahán. Pero no basta.

La VERDAD con mayúsculas es Jesús. Por eso Él afirma: si os mantenéis en mis palabras, seréis realmente libres, es decir, si en vosotros no hay pecado. En ese sentido escribiría más tarde San Pablo: "Vuestra vocación es la libertad".

Anesio Iglesias

Jueves, 25 de marzo de 2010*Lc 1, 26-38*

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le podrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin". Y María dijo al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?". El ángel le contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible". María contestó: "Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y el ángel la dejó.

Hoy es un gran día: la Anunciación.

Hoy celebramos el comienzo de nuestra salvación. Dos protagonistas: un ángel y una joven, Gabriel y María. En una aldea desconocida, Nazaret. En un momento concreto de la Historia. Un Fiat tras el suspense.

Desde aquel momento, con la colaboración de aquella humilde muchacha, el destino de la Humanidad está inseparablemente unido al de Dios. El Hijo Eterno de Dios asume nuestra condición humana para que nosotros podamos asumir su condición divina. Para Dios no hay nada imposible.

Merecerá detenerse y contemplar, y sobre todo agradecer.

Anesio Iglesias

Viernes, 26 de marzo de 2010. Viernes de Dolores*Jn 10, 31-42*

En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús: Él les replicó: "Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?". Los judíos le contestaron: "No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios". Jesús les replicó: "¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfemia porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre". Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: "Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad". Y muchos creyeron en él allí.

A una semana del Viernes Santo, ya se presagia el aparente destino final. Sus enemigos, los más fieles a la observancia de la Ley, "agarraron piedras para apedrear a Jesús". ¿Por qué? Dicen: "Por una blasfemia, porque siendo hombre, te haces Dios". Están ciegos y no quieren ver. Si bien sus obras, su vida y su conducta revelaban su origen divino, solamente mediante los ojos de la fe, que es don de Dios y no conclusión obligada de argumentos y raciocinios, se podía y se puede ver el misterio y la persona de Cristo.

Pero otros "muchos creyeron en él allí" y le siguieron, algunos incluso dejando casa, familia, ... como los apóstoles, porque vieron en Él al verdadero Mesías, que realizaba las obras que el Padre le había encomendado.

Bruno Cuadrado**Sábado, 27 de marzo de 2010. Sábado de Pasión***Jn 11, 45-57*

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús [*la resurrección de su hermano Lázaro*], creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les

contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: “¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación”. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: “Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera”. Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: “¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?”. Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

El desenlace del drama ya se acerca. Se ha reunido el sanedrín. Asustados por el eco que ha tenido la resurrección de Lázaro, deliberan sobre cómo deshacerse de Jesús. Caifás acierta sin saberlo con el sentido que va a tener la muerte de Jesús: “iba a morir, no sólo por la nación, sino para reunir a los hijos de Dios dispersos” por el pecado.

La nueva familia de Dios no se basará en la pertenencia racial, como en el Antiguo Testamento, sino en la fe en Cristo. Un solo rebaño bajo un solo pastor, Jesús. La comunión con Cristo, reflejo de la que Él mantiene con el Padre, es el núcleo de toda la comunidad cristiana. Cuanto más unidos estén los creyentes con Cristo, más hermanos serán unos de otros.

La actitud oportunista de Caifás, que hace suya el sanedrín, está en la línea frecuente de querer manipular a Dios y la religión conforme a los propios intereses. ¿Se da en mí la misma actitud?

Bruno Cuadrado

Domingo, 28 de marzo de 2010. Domingo de Ramos

Procesión

Lc 19, 28-40

En aquel tiempo, Jesús iba hacia Jerusalén, marchando a la cabeza. Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos diciéndoles: "Id a la aldea de enfrente: al entrar encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: "¿por qué lo desatáis?", contestadle: "el Señor lo necesita"". Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: "¿por qué desatáis el borrico?". Ellos contestaron: "el Señor lo necesita". Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos, y le ayudaron a montar. Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos por todos los milagros que habían visto, diciendo: "¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto". Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: "Maestro, reprende a tus discípulos". Él replicó: "Os digo, que si éstos callan, gritarán las piedras".

Misa

Lc 23, 1-49. Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

En aquel tiempo, se levantó toda la asamblea (o sea, sumos sacerdotes y escribas), y llevaron a Jesús a presencia de Pilato. Y se pusieron a acusarlo diciendo: "hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey". Pilato preguntó a Jesús: "¿eres tú el rey de los judíos?". El le contestó: "tú lo dices". Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la turba: "No encuentro ninguna culpa en este hombre". Ellos insistían con más fuerza diciendo: "solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta aquí". Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; y al enterarse que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió. Herodes estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; pues hacía bastante tiempo que quería verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hizo un interrogatorio bastante largo; pero él no le contestó ni palabra. Estaban allí los sumos sacerdotes y los letrados acusándolo con ahínco. Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y se buró de él; y, poniéndole una vestidura blanca, se lo

remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes se llevaban muy mal. Pilato, convocando a los sumos sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, les dijo: "Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas que le imputáis; ni Herodes tampoco, porque nos lo ha remitido: ya veis que nada digno de muerte se le ha probado. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré". Por la fiesta tenía que soltarles a uno. Ellos vociferaron en masa diciendo: "¡Fuera éste! Suéltanos a Barrabás". (A éste lo habían metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio). Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando: "¡crucifícalo, crucifícalo!". Él les dijo por tercera vez: "Pues, ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado en él ningún delito que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré". Ellos se le echaban encima pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo el griterío. Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio.

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevase detrás de Jesús. Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestro hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: "Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Entonces empezarán a decirles a los montes: "desplomaos sobre nosotros" y a las colinas: "sepultadnos"; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?".

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. Y cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Y se repartieron sus ropas echándolas a suerte. El pueblo estaba mirando. Las autoridades le hacían muecas diciendo: "a otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido". Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: "Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo". Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: Éste es el rey de los judíos. Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: "¿no eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro le increpaba: "¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada". Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino". Jesús le respondió: "Te

lo aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso". Era ya eso de mediodía y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Y dicho esto, expiró.

El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios diciendo: "realmente, este hombre era justo". Toda la muchedumbre que había acudido a este espectáculo, habiendo visto lo que ocurría, se volvían dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando.

Sabiendo Jesús, que había llegado su hora, decide entrar a Jerusalén. Montado en un borrico, signo de humildad, entra en la ciudad acompañado de las aclamaciones de los discípulos: "Hosanna. Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor". Hosanna es el reconocimiento de la cercanía del Reino de Dios.

Pero, ¿cómo entendieron sus discípulos este Reino? Desde una visión política, pensaban que podían derrocar el gobierno romano. No habían entendido su ministerio, a pesar, de compartir con él tres años de vida pública.

Jesús era digno de recibir esa admiración por parte del pueblo, porque Hosanna es reconocer la grandeza y dignidad de una persona, y Jesús tiene, la dignidad de Dios, exactamente igual que nosotros; hechos a imagen y semejanza de Dios.

Bruno Cuadrado

Lunes, 29 de marzo de 2010. Lunes Santo

Jn 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: "¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?". Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un

ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que le iban echando. Jesús dijo: "Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis". Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

La entrañable escena que contemplamos, sucedió seis días antes de la Pascua, y por eso se lee precisamente hoy. Refleja un momento de descanso de Jesús en casa de una familia a la que Él quería mucho. Son sus amigos los hermanos de Lázaro –a quien había resucitado–, Marta y María. Esta amistad sincera es un alivio para Jesús en medio del odio de sus enemigos, como veíamos en los días anteriores. Si bien los adversarios no desisten en su empeño, y puesto que la resurrección de Lázaro era un hecho que hablaba por sí solo del poder divino de Cristo, "decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús".

Mientras estaban cenando, "María tomó una libra de perfume, ... le ungió a Jesús". Tal gesto es criticado por Judas Iscariote, alegando hipócritamente que el dinero que valía el perfume podría haberse dado a los pobres. La queja de Judas sirve para señalar la intención del gesto simbólico: Jesús es conciente de que su fin se precipita, e interpreta el gesto de María como una unción anticipada que presagia su muerte y sepultura.

Como Cristo, también nosotros fuimos ungidos en el bautismo, que nos incorporó a su muerte y resurrección. La pascua se acerca, y en la vigilia pascual renovaremos nuestra fe y promesas bautismales, pues en la fe del bautismo radica lo más nuclear de nuestra identidad cristiana. La renovada fragancia pascual del bautismo debe llenar toda nuestra vida.

Ayer celebrábamos con Él la entrada en Jerusalén, con un gesto decidido de asumir sobre sus hombros el destino que nos hubiera correspondido a nosotros. Nuestros ojos estarán fijos en Él estos próximos días, llenos de admiración. ¿Dispuestos a imitar también nosotros, en su seguimiento, sus mismas actitudes de fidelidad a Dios y de tolerante cercanía para con los demás?

Bruno Cuadrado

Martes, 30 de marzo de 2010. Martes Santo

Jn 13, 21-33. 36-38

Jesús, profundamente conmovido, dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: "Señor, ¿quién es?". Le contestó Jesús: "Aquel a quien yo le de este trozo de pan untado". Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: "Lo que tienes que hacer hazlo en seguida". Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"". Simón Pedro le dijo: "Señor, ¿adónde vas?". Jesús le respondió: "A donde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde". Pedro replicó: "Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti". Jesús le contestó: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

El pasaje evangélico de hoy, con el anuncio de la traición de Judas y de la futura negación de Pedro, se sitúa en los preliminares de la celebración de la cena pascual. Jesús está reunido con sus discípulos. Acabado el lavatorio de los pies, gesto que indica su actitud de servicio, y no sin estremecimiento, pasa a anunciarles la traición de uno de ellos. La perplejidad invade al grupo. El discípulo amado, Juan, por indicación de Pedro, pregunta al maestro quién es.

"Aquel a quien yo dé este trozo de pan untado. Y untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan entró en él Satanás".

Aquel ofrecimiento del pan hecho por Jesús a Judas no dejaba de ser un signo de distinción, como invitándole a rectificar sus planes homicidas y rehacer una amistad rota por su ambición y resentimiento. Todo fue inútil. Judas rechazó definitivamente el amor

de Jesús. Entonces, Cristo le dijo: "Lo que has de hacer, hazlo enseguida".

Cuando salio Judas de la sala era de noche, anota el evangelista con intención simbólica. El traidor es un ejemplo de las tinieblas.

¿Estamos nosotros dispuestos a rectificar de nuestras actitudes y acciones contrarias a nuestra fe en el Señor?

Bruno Cuadrado

Miércoles, 31 de marzo de 2010. Miércoles Santo

Mt 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: "¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?". Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?". Él contestó: "Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"". Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: "¿Soy yo acaso, Señor?". Él respondió: "El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido". Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: "¿Soy yo acaso, Maestro?". El respondió: "Tú lo has dicho".

Leemos de nuevo la traición de Judas, esta vez según san Mateo. Precisamente cuando Jesús quiere celebrar la Pascua de despedida de los suyos, como signo entrañable de amistad y comunión, uno de ellos ya ha concertado la traición por treinta monedas de plata, el precio de un esclavo (Ex 21, 32). Durante la cena Jesús desenmascara las secretas intenciones del traidor, porque él, como señor de la vida y de la muerte, es quien dispone de su propia "hora".

El hecho de la traición de Judas es siempre impresionante, como lo debió ser especialmente para sus compañeros, los apóstoles, por realizarse precisamente en el círculo más íntimo y próximo al Señor.

Ejemplo escalofriante que nos revela la profundidad del corazón humano, capaz de lo más noble: el amor y la amistad; y también de lo más vil: el odio y la traición.

Bruno Cuadrado

Jueves, 1 de abril de 2010. Jueves Santo

Jn 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándolos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: "Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?". Jesús le replicó: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo". Simón Pedro le dijo: "Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos". Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios". Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis".

Jesús, "sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre", para manifestar a todos su amor "hasta el extremo", antes de ir a su Pasión, realizó el gesto simbólico del lavatorio de los pies, gesto que realizaban los esclavos a sus señores a la entrada de sus casas cuando regresaban de la calle: "se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe, echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos".

Pedro, incapaz de comprender cómo el Maestro podía humillarse de esa manera, se niega a que le lave de los pies, hasta que Jesús le

“amenaza” y accede. Es una lección de caridad servicial y de amor fraterno.

Celebrar la Pascua del Señor debe tener un reflejo en nuestra existencia. Y el aspecto que más debería notarse es el de la caridad fraterna, servicial. Él nos ha dado ejemplo, para que también nosotros lo hagamos. Y si no, ¿en qué se nota que somos discípulos del Señor?

Bruno Cuadrado

Viernes, 2 de abril de 2010. Viernes Santo

Jn 18, 1-19, 42: Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: “¿A quién buscáis?”. Le contestaron: “A Jesús, el Nazareno”. Les dijo Jesús: “Yo soy”. Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: “¿A quién buscáis?”. Ellos dijeron: “A Jesús, el Nazareno”. Jesús contestó: “Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos”. Y así se cumplió lo que había dicho: “No he perdido a ninguno de los que me diste”. Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: “Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi padre, ¿no lo voy a beber?”.

La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: “Conviene que muera un solo hombre por el pueblo”. Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que había de portera dijo entonces a Pedro: “¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?”. Él dijo: “No lo soy”. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de

pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó: "Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo". Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así contestas al sumo sacerdote?". Jesús respondió: "Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?". Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: "¿No eres también de sus discípulos?". Él lo negó, diciendo: "No lo soy". Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: "¿No te he visto yo con él en el huerto?". Pedro volvió a negar, y en seguida cantó un gallo.

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era al amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato fuera, adonde estaban ellos, y dijo: "¿Qué acusación presentáis contra este hombre?". Le contestaron: "Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley". Los judíos le dijeron: "No estamos autorizados para dar muerte a nadie". Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús le contestó: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?". Pilato replicó: "¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?". Jesús le contestó: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí". Pilato le dijo: "Conque, ¿tú eres rey?". Jesús le contestó: "Tú lo dices: soy rey. Yo para estoy he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz". Pilato le dijo: "Y, ¿qué es la verdad?". Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?". Volvieron a gritar: "A ése no, a Barrabás". El tal Barrabás era un bandido.

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: "¡Salve, rey de los judíos!". Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: "Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa". Y salió Jesús afuera, llevando

la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: "Aquí lo tenéis". Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: "¡Crucifícalo, crucifícalo!". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él". Los judíos le contestaron: "Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios". Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: "¿De dónde eres tú?". Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?". Jesús le contestó: "No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor".

Desde este momento, Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: "Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César". Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman "el Enlosado" (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: "Aquí tenéis a vuestro rey". Ellos gritaron: "¡Fuera, fuera; crucifícalo!". Pilato les dijo: "¿A vuestro rey voy a crucificar?". Contestaban los sumos sacerdotes: "No tenemos más rey que el César". Entonces lo entregó para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos". Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: "No escribas: "El rey de los judíos", sino: "Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos"". Pilato les contestó: "Lo escrito, escrito está". Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba a abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego, dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu Madre". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en

vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "Está cumplido". E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto, salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: "No le quebrarán un hueso"; y en otro lugar la Escritura dice: "Mirarán al que atravesaron".

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbraba a enterrar a los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

La Pasión según la versión de san Juan es la preferida por la Iglesia para esta jornada singular. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas, que leemos alternativamente el Domingo de Ramos) presentan a Jesús como el siervo sufriente que muere.

Sin embargo, Juan presenta la pasión como el Amor que se entrega y, a medida que el relato avanza, el que está siendo juzgado y condenado va manifestando su señorío y su juicio al mundo. La cruz, en san Juan, es exaltación. Paradoja que sólo puede ser percibida en el Amor que ama, no es el amor del que se habla.

El sufrimiento, el fracaso y el abandono de Jesús quedan transfigurados. En cada escena domina el señorío de la persona de Jesús. Su muerte humillante se va revelando como liturgia del Cordero, sacrificado y entronizado en la Cruz, para ser, desde ella, fuente de salvación (agua y sangre brotan de su costado). La gloria del Crucificado nace del escándalo de la Cruz.

Bruno Cuadrado

Palabra del Señor 2010

Sábado, 3 de abril de 2010. Sábado Santo

Domingo, 4 de abril de 2010. Domingo de Resurrección

Vigilia Pascual

Lc 24, 1-12

El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y entrando no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas, despavoridas, miraban al suelo, y ellos les dijeron: "¿por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo estando todavía en Galilea: "el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar"". Recordaron sus palabras, volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los Once y a los demás. María Magdalena, Juana y María la de Santiago, y sus compañeras contaban esto a los Apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose vio sólo las vendas por el suelo. Y se volvió admirándose de lo sucedido.

Como era costumbre entre los judíos, a los días siguientes del fallecimiento de algún ser querido, se llevaban aromas para perfumar el sepulcro. Esa era la intención de aquellas mujeres, que desde el primer momento habían seguido a Jesús.

Pero se llevaron una sorpresa. No encontraron el cuerpo del Señor. En esto se presentaron dos hombres con vestidos refulgentes, es decir, dos ángeles enviados por Dios, que transmitieron la Buena Nueva: Cristo "ha resucitado". Y con gran alegría fueron a transmitir a los apóstoles todo lo sucedido. De esta manera se convirtieron en las primeras evangelizadoras. Unas mujeres que desde el principio habían estado con Jesús.

¿Transmitimos con la misma ilusión nuestra fe en el Señor Resucitado?

Bruno Cuadrado

Misa del día de Pascua*Jn 20, 1-9*

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto". Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Alegre noticia en la mañana de Pascua ¡Cristo, nuestro Señor crucificado, ha resucitado y vive para siempre! Alegrémonos y demos gracias a Dios.

María Magdalena, testigo del sepulcro, que corrió a anunciarlo a los apóstoles, se convierte así en "apóstol de los apóstoles", la primera evangelizadora de la Buena Noticia. También Pedro y Juan ven el sepulcro vacío. Ninguno de ellos se acaba de creer que Jesús ha resucitado: "no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos". Pasados los años a la luz de la Escritura, de las revelaciones, el testimonio... entendieron y creyeron.

También nosotros, con María Magdalena, con Pedro y el discípulo que tanto quería Jesús, hemos ido hoy al sepulcro de Cristo crucificado, hemos visto y hemos creído: ¡Ha resucitado! ¡Vivamos ya desde ahora, hermanos, una vida de resucitados! ¡Feliz Pascua de Resurrección!

Bruno Cuadrado